

Título: El Discurso estigmatizante. Una mirada sobre las representaciones acerca de la juventud de los sectores populares.

Autora: Ailin Gamoneda

Referencia Institucional: Estudiante de la carrera de Licenciatura en Sociología de la Universidad Nacional del Comahue. Facultad de Derecho y Ciencias Sociales.

E-mail: ailig03@hotmail.com

I. Introducción

El presente trabajo fue realizado en el marco del Seminario Anual de Formación de Investigadores de la carrera de Sociología de la Universidad Nacional del Comahue. El mismo, por ser de carácter exploratorio, constituye la base para la elaboración de mi tesis de grado que actualmente desarrollo. La intención de participar de estas jornadas reside en la posibilidad de intercambiar conocimientos y reflexiones acerca de la cuestión de la juventud y de las dificultades que actualmente atraviesa.

La problemática que recorre a toda esta investigación es la de la situación en la que hoy en día se encuentran los jóvenes no sólo de la provincia de Neuquén, sino también del país. En este contexto la juventud aparece dividida en dos, aquellos que tienen los recursos para gozar de un largo periodo de moratoria social, de permanencia en el sistema educativo; y por otro lado aquellos que por su situación de carencia deben afrontar con mayor rapidez su condición de adulto, deben hacerse cargo tempranamente de sus familias y acudir al mercado de trabajo para poder sobrevivir.

De este modo, cuando las condiciones económicas, sociales y políticas del país no generan un espacio propicio para el ingreso temprano al mundo del trabajo, es decir, cuando no hay empleo suficiente para todos, es cuando se produce la exclusión. La misma genera que muchos de los jóvenes de los sectores populares queden afuera del mundo formal del trabajo debiendo aceptar los trabajos peores remunerados y de peores condiciones. Mientras tanto aquellos que provienen de familias con pobreza estructural

quedan marginados a la vida de la calle en donde la violencia, los delitos y las adicciones aparecen como las salidas más comunes.

Esta situación, lejos de ser debatida y problematizada por la sociedad, es tomada con liviandad evitándose resolver las cuestiones de fondo que son tapadas con medidas de corto plazo y desde mi parecer erróneas (baja de la punibilidad, etc.), que no hacen más que empeorar el panorama. La creciente violencia, las adicciones, sumadas a las nuevas prácticas culturales que asumen los jóvenes hoy en día (filiación a tribus urbanas, utilización de redes sociales, exposición de la vida privada en las mismas, gustos musicales, artísticos, tratamiento del cuerpo, etc.), son en su mayoría fuertemente criticadas por la sociedad adulta que ve con malos ojos dichos cambios. Esta posición es una y otra vez repetida por los medios de comunicación que constantemente buscan poner al joven en situación de *chivo expiatorio*, origen y causa de todos los males que afectan a esta sociedad. Se ha extendido la imagen del *joven peligroso*, imagen que de algún modo tapa las problemáticas que hoy en día atraviesa la juventud, dotándola por el contrario de una peligrosidad que aparece como propia de su naturaleza.

En la presente investigación busco problematizar en torno a los discursos que se emiten en relación a la juventud, abordándolo desde la estigmatización que se ejerce sobre dicho grupo social. De este modo, a partir de la recuperación de opiniones tanto de jóvenes como de adultos intento reconstruir las tensiones inter generacionales como así también las posiciones que ambos sectores ocupan en el entramado social. Ambos aspectos ayudarán a comprender, desde mi perspectiva, cuáles son los sustentos ideológicos y culturales de la estigmatización.

Se parte desde la certeza de que las desigualdades tanto económicas como culturales se expresan de lleno en las representaciones sociales acerca de lo que es la juventud y del lugar que actualmente esta ocupa en la sociedad.

En relación a la metodología, utilicé una muestra no probabilística compuesta de jóvenes y de adultos de dos escuelas secundarias de la ciudad de Neuquén y realicé entrevistas semi-estructuradas, con cuestionarios diferentes para jóvenes y para adultos.

II. Abordaje del concepto de juventud

Para comenzar, es necesario plantear las dificultades que conllevan la caracterización y conceptualización del término juventud. Hasta el momento es posible afirmar que desde la sociología aun no se ha construido un concepto teórico que defina la categoría de juventud con suficiente amplitud y precisión. En este sentido, el sociólogo Brito Lemus afirma que “la mayoría de las investigaciones sobre juventud carecen de un marco conceptual que sirva como referente teórico para interpretar los fenómenos juveniles, así como para enriquecer un cuerpo de teoría que permita constituir una sociología de la juventud. La mayoría de ellas se brincan este paso y trabajan con el objeto real: los jóvenes” (Brito Lemus, 1996: 1). Esto dificulta la tarea de las ciencias sociales a la hora de conocer un concepto tan complejo como es el de juventud, “una ciencia no se construye con un objeto real, sino con un objeto construido” (Bourdieu et al en Brito Lemus, 1996: 2).

De este modo la mayoría de las veces que se trata la temática de la juventud se recurre a un concepto que ha sido creado por el sentido común y que por tal razón resulta de un carácter muy vago. Otro aspecto que está presente también es la utilización de conceptos propios de la biología o de la psicología para analizarlos desde la sociología. Esto genera una especie de reduccionismo y en muchos casos introduce visiones sesgadas y negativas acerca de la juventud. “Hablar de los jóvenes como de una unidad social, de un grupo constituido, que posee intereses comunes, y de referir estos intereses a una edad definida biológicamente constituye una manipulación evidente” (Bourdieu, 1990: 165).

“Etapa juvenil se considera, habitualmente, al período que va desde la adolescencia (cambios corporales, relativa madurez sexual, etc.) hasta la independencia de la familia, formación de un nuevo hogar, autonomía económica, que representarían los elementos que definen la condición de adulto. Un período que combina una considerable madurez biológica con una relativa inmadurez social. La juventud como transición hacia la vida adulta, (algunos autores hablan de cinco transiciones que se dan en forma paralela: dejar la escuela, comenzar a trabajar, abandonar el hogar de la familia de origen, casarse, formar un nuevo hogar) es diferente según el sector social que se considere” (Margulis, 1996: 14). No obstante esta definición no alcanza para caracterizar el concepto de juventud, haciendo que se caiga muchas veces en ambigüedades y en definiciones imprecisas.

“La edad aparece en todas las sociedades como uno de los ejes ordenadores de la actividad social. Edad y sexo son base de clasificaciones sociales y estructuraciones de sentido. (...) Infancia, juventud o vejez son categorías imprecisas, con límites borrosos, lo que remite, en parte, al debilitamiento de viejos rituales de pasaje relacionados con lugares prescriptos en las instituciones tradicionales y, sobre todo, a la fuerte y progresiva heterogeneidad en el plano económico, social y cultural” (Pág. 15).

Diremos de este modo, que “las divisiones entre las edades son arbitrarias” (Bourdieu: 163). Según Bourdieu: “en la división lógica entre jóvenes y viejos está la cuestión del poder, de la división de los poderes. Las clasificaciones por edad (y también por sexo, o, por clase) vienen a ser siempre una forma de imponer límites, de producir un orden en el cual cada quien debe mantenerse, donde cada quien debe ocupar su lugar” (Pág. 164). De esta manera, lo que el autor intenta dejar en claro en su reflexión es que tanto la juventud como la vejez no son cuestiones dadas, sino que son construcciones sociales que se dan a partir de una lucha por la definición de lo que es ser “joven” y lo que es ser “viejo”.

En este sentido se recupera un segundo aspecto que es necesario aclarar. La juventud tal como la conocemos hoy, no ha existido siempre. En relación a esto Sergio Balardini sostiene que “jóvenes hubo siempre, pero juventud no. La idea de juventud está íntimamente ligada a los roles históricos de los distintos grupos etarios y sociales...”, y agrega que “...la juventud como tal (no los jóvenes) es un producto histórico resultado de relaciones sociales, relaciones de poder, relaciones de producción que generan este nuevo actor social. La juventud es un producto de la sociedad burguesa, de la sociedad capitalista, antes la juventud no existía; uno podía decir que jóvenes hubo siempre mientras que juventud no, la juventud como fenómeno social en los términos occidentales que hoy la comprendemos, es un producto histórico que deviene de las revoluciones burguesas y del nacimiento y desarrollo del capitalismo” (Balardini en Racovschik, 2006: 3).

Una tercera cuestión que merece ser recalcada a la hora de intentar construir un concepto de juventud, es que ésta de ningún modo puede ser entendida como un sector social homogéneo. En este sentido, el sociólogo Jorge Elbaum dice que “Homogeneizar a los distintos grupos juveniles sobre la base de una pertenencia generacional suele ser una falacia analítica habitual. Dicha clasificación suele estar guiada más por los datos

que el sentido común brinda que por el resultado de un auténtico relevamiento sociológico. Considerar la dimensión etaria como un dato explicativo de percepciones y prácticas regulares termina funcionando en la investigación como obstáculo epistemológico que impide comprender la influencia de otros factores –como la clase social, el género y las pertenencias étnicas y culturales- que en ocasiones terminan siendo más importantes que la tenencia de una edad determinada” (Elbaum en Racovschik, 2006: 3).

“El mito de la juventud homogénea consiste en identificar a todos los jóvenes con algunos de ellos” (Braslavsky en Margulis, 1996: 14). “Así según el joven tipo que se tenga en mente será el modelo con el cual habrán de identificarse a los jóvenes en general” (Pág. 14). En esta misma línea Bourdieu afirma que existen “dos juventudes”: por un lado los jóvenes que estudian, aquellos que extienden su juventud porque su situación económica se los permite, son los jóvenes de clase “burguesa”. Por otro lado se encuentran los jóvenes “obreros”, o de clase trabajadora, que transitan rápidamente su juventud porque su necesidad los lleva a ingresar tempranamente al mundo laboral.

“Otro modo de hacer aparecer como lo mismo situaciones muy distintas es la representada por el mito de la igualdad de oportunidades con que cierto discurso intenta unificar la condición para todo aspirante a participar plenamente de la vida colectiva, aunque provengan de mundos sociales extremadamente diversos. Así, todo joven se encontraría en igualdad de oportunidades para recibir los conocimientos e incorporar las aptitudes que los transformarán en productores y los formarán como ciudadanos. Frente a esto, sociedad de clases, diferencias económicas, sociales, políticas, étnicas, raciales, migratorias, marcan profundas desigualdades en la distribución de recursos, con lo cual la naturaleza misma de la condición de joven en cada sector social se altera” (Pág. 14) De este modo podemos pensar a la juventud como un privilegio reservado para aquellos sectores que tienen su subsistencia resuelta, mientras que los sectores populares tienen que afrontar más rápido sus obligaciones de adulto teniendo en muchos casos que dejar la escuela para ingresar al mercado de trabajo o para hacer frente a su joven paternidad o maternidad. En estos casos se ven excluidos de la moratoria social de la cual si gozan los jóvenes provenientes de los sectores medios y altos que día a día tienden a extender ese período por más tiempo.

Por otra parte, es necesario dejar establecido que “la juventud en tanto categoría social construida no existe al margen del resto social, sino dentro de una vasta red de relaciones e interacciones con otros grupos generacionales y otras categorías sociales, que contribuyen con sus prácticas y discursos a diferenciar a los jóvenes de otros grupos de edad” (Callejas Fonseca, 2005: 65).

Después de haber considerado y problematizado varios aspectos en relación al concepto de juventud “parece quedar claro que éstos conceptos no pueden quedar aislados, sin tener en cuenta las variables económicas, políticas, sociales y culturales que ocupan los jóvenes en la sociedad del siglo XXI. Asimismo, se debe desnaturalizar la categoría juventud, para tomarla en su historicidad. Son arbitrarios culturales y reglas socialmente construidas las que determinan en que momento o por medio de que rituales se pasa de una etapa a la otra, de esta manera, varían las edades cronológicas” (Racovschik, 2006: 3).

III. Tensiones intergeneracionales

“La juventud se erige en vanguardia portadora de transformaciones, notorias o imperceptibles, en los códigos de la cultura, e incorpora con naturalidad los cambios en las costumbres y en las significaciones que fueron objeto de luchas de la generación anterior; su sensibilidad, sistema perceptivo, visión de las cosas, actitud hacia el mundo, sentido estético, concepción del tiempo, valores, velocidades y ritmos, nos indica que está habitando un mundo que nos va dejado atrás. (...) Cada generación posee, en cierto sentido, otra cultura, nuevos códigos que excluyen- por lo menos parcialmente- a sus contemporáneos de generaciones anteriores” (Margulis, 1996: 9).

Se parte desde la premisa de que existe una tensión entre las distintas generaciones, conflicto que se entenderá fundamentalmente como “lucha simbólica” en palabras de Bourdieu. La misma se da dentro de un campo¹ específico en donde

¹ Bourdieu construye el concepto de “campo” para referirse a los “espacios estructurados de posiciones (o de puestos) cuyas propiedades dependen de su posición en dichos espacios y pueden analizarse en forma independiente de las características de sus ocupantes” (1990: 135). El mismo “está integrado por un conjunto de relaciones históricas objetivas entre posiciones ancladas en ciertas formas de poder” (Bourdieu, Wacquant, 1995; 23).

conviven grupos antagónicos que pugnan por definir las clasificaciones y los valores legítimos de dicho campo, como así también por las definiciones del mundo. En esta lucha permanente hay dos posiciones: “la de aquellos que, debido a la posición social que ocupan (...) (en el campo), tienen interés en subvertir las distribuciones modificando las clasificaciones en las que aquellas se expresan y se legitiman”, o por el contrario están aquellos que buscan conservar y perpetuar su condición a través del “desconocimiento, como conocimiento alienado que, al aplicar al mundo categorías impuestas por el mundo, aprehende el mundo social como natural” (Bourdieu, 1991: 226).

En este sentido el autor refiere a una fuerte disputa que se da en el plano de lo simbólico en relación a la transformación o conservación del orden social y cultural en la que tanto jóvenes como adultos participan asiduamente. Los adultos en este caso serán los que buscan conservar sus propias definiciones acerca del mundo, que aspiran ser establecidas como “lo natural”, lo “normal” (por ejemplo: la forma en como se debe constituir una familia: heterosexual, nuclear, etc.) mientras que los jóvenes buscan subvertir dicho orden a partir de la imposición de nuevas definiciones (siguiendo con el ejemplo, hoy se conocen nuevas formas de familia: homosexuales, mononucleares, sin hijos, etc.).

“La generación alude a la época en que cada individuo se socializa, y con ello a los cambios culturales acelerados que caracterizan nuestro tiempo. Cada generación puede ser considerada, hasta cierto punto, como perteneciente a una cultura diferente, en la medida en que incorpora en su socialización nuevos códigos y destrezas, lenguajes y formas de percibir, de apreciar, clasificar y distinguir” (Margulis, 1996: 18).

Pero ¿cómo se pueden comprender estos cambios a partir de la mirada de Bourdieu? El mismo recupera el concepto de habitus, al que entiende como “sistema de disposiciones duraderas y transferibles, estructuras estructuradas predisuestas para funcionar como estructuras estructurantes, es decir, como principios generadores y organizadores de prácticas y representaciones que pueden estar objetivamente adaptadas a su fin sin suponer la búsqueda consciente de fines y el dominio expreso de las operaciones necesarias para alcanzarlos” (1991: 92).

Dice Bourdieu: “Es en la medida en que los habitus son la incorporación de la misma historia (...) que las prácticas por ellos engendradas son mutuamente comprensibles e inmediatamente ajustadas a las estructuras, objetivamente concertadas y dotadas de un sentido objetivo a la vez unitario y sistemático, trascendente a las intenciones subjetivas y a los proyectos conscientes, individuales o colectivos” (pág. 100). Es por esta razón que los adultos no comprenden a los jóvenes y los jóvenes a su vez, no comprenden a los adultos. Los contextos históricos de desarrollo del habitus van variando en las diferentes generaciones y se van modificando las formas de construcción de los propios habitus. Lo mismo ocurre con individuos de clases sociales diferentes. En ambos casos los habitus que se adquieren resultan diferentes, situación que muchas veces dificulta la comprensión mutua entre sujetos de distintas clases sociales y/o generaciones. Es por esta razón que en varias ocasiones la comunicación entre distintas generaciones se vuelve confusa, esto se debe a que no comparten los mismos códigos.

“Hay períodos en los que la búsqueda de ‘lo nuevo’ por la cual los ‘recién llegados’ empujan a ‘los que ya llegaron’ al pasado, a lo superado, a la muerte social, se intensifica, y por ello mismo, aumentan de intensidad las luchas entre las generaciones; son los momentos en que chocan las trayectorias de los más jóvenes con las de los más viejos” (Bourdieu: 173). “Cuando se pierde ‘el sentido del límite’, aparecen conflictos sobre los límites de edad, los límites entre las edades, donde está en juego la transmisión del poder y de los privilegios entre las generaciones” (Pág. 173).

“Las aspiraciones de las generaciones sucesivas, de los padres y los hijos, se constituyen en relación con los diferentes estados de la estructura de distribución de los bienes y de las posibilidades de tener acceso a los diferentes bienes (...) Muchos de los conflictos entre generaciones son conflictos entre sistemas de aspiraciones constituidos en edades diferentes. Lo que para la generación 1 fue una conquista de toda la vida, la generación 2 lo recibe al nacer, de inmediato” (Bourdieu: 170). La misma cuestión puede ser pensada viceversa, lo que para la generación 1 resultaba de fácil acceso o una meta alcanzable fruto del contexto económico y social de determinado momento histórico, puede resultar una utopía, algo inalcanzable para la generación 2 que vive en otras condiciones.

Se puede pensar por ejemplo en que hoy en día el acceso a la casa propia o a un trabajo digno son aspectos que cada vez aparecen como más alejados de las manos de

los jóvenes de los sectores populares, mientras que antes a pesar de que se requería un esfuerzo grande, era más posible conseguirlo. Esta dificultad se puede ver expresada en discursos estigmatizantes acerca de la juventud como por ejemplo aquellos que sostienen: “los jóvenes no consiguen trabajo porque no buscan o porque son vagos” o “toman tierras porque no quieren trabajar para comprar su propia casa”, etc.

IV. Algunas precisiones en relación al concepto de “Estigma”

Hasta el momento, lo que he tratado es de reconstruir a partir de las consideraciones de diversos autores, el concepto de juventud. En el actual contexto social, político, económico y cultural, tanto de nuestra provincia como del país, se dirá que existe una estigmatización social de la juventud y que ésta se expresa en las representaciones sociales presentes en los discursos actuales.

Uno de los autores que trata de forma específica la cuestión del estigma es Erving Goffman. El mismo plantea que “la sociedad establece medios para categorizar a las personas y también los atributos que se consideran corrientes y naturales en los miembros de cada una de esas categorías. (...)Esto permite que ante un extraño podamos prever por las primeras apariencias en qué categoría se halla y cuáles son sus atributos, es decir su “identidad social”” (Goffman, 1968: 11) . En este sentido el estigma aparece como un atributo profundamente desacreditador que marca a quien lo posee y lo vuelve diferente de los demás, ya que de alguna forma rompe con los estereotipos establecidos. Diremos también que “la estigmatización social puede definirse como una teoría que explica la inferioridad de las personas, en tanto que son diferentes” (Callejas Fonseca, 2005: 68).

“Los griegos, (...) crearon el término estigma para referirse a signos corporales con los cuales se intentaba exhibir algo malo y poco habitual en el status moral de quien los presentaba. Los signos consistían en cortes o quemaduras en el cuerpo, y advertían que el portador era un esclavo, un criminal o un traidor (...)” (Goffman: 11). Posteriormente se le dieron nuevos significados simbólicos al concepto de estigma, por ejemplo en el cristianismo.

De este modo, “creemos, por definición, desde luego, que la persona que tiene estigma no es totalmente humana. Valiéndonos de este supuesto practicamos diversos tipos de discriminación, mediante la cual reducimos en la práctica, aunque a menudo sin pensarlos, posibilidades de vida. Construimos una teoría del estigma, una ideología para explicar su inferioridad y dar cuenta del peligro que representa esa persona, racionalizando a veces una animosidad que se basa en otras diferencias, como por ejemplo la de la clase social” (Pág. 15) . La expresión más concreta y más dura de esta situación puede vislumbrarse en el reclamo de ciertos sectores de la sociedad de “mano dura” contra aquellos jóvenes marginados que cometen delitos. En este caso pierden su condición de seres humanos para ser vistos como desviaciones de la sociedad que como tales deben ser eliminadas. Esta posición ha tomado en la actualidad especial relevancia en el espacio de los medios de comunicación y se ha agravado con el reclamo hacia el Estado de la baja de la punibilidad para que menores de dieciocho años puedan ir presos.

De este modo el joven aparece dotado de una peligrosidad innata que la sociedad le otorga a partir de caracterizarlo como chivo expiatorio de todos los males que ocurren dentro de ella. En este sentido, “la imagen de “lo joven” puede ser fácilmente asociada con sospechas de un peligro latente que debe ser ahogado o controlado. (...) Es frente a ese peligro, oculto pero omnipresente, que la sensación de inseguridad aumenta y parecen no existir leyes represivas que puedan calmarla; requiriéndose siempre nuevas formas de represión, de indagación y castigo. (...) El joven desconocido es sospechoso a menos que demuestre, fehacientemente, su completa disposición a abandonar todas esas acciones autónomas que pueden llevar al descontrol” (Pág. 11).

Por otra parte la sociedad establece un concepto muy ajustado acerca de lo que es “normal”. En este sentido se retoma el concepto de Bourdieu de espacio social y campo. Se dirá que existe una fuerte disputa dentro de los mismos por acaparar las definiciones legítimas acerca del mundo, es decir, por definir que es lo “normal” y que es lo “anormal”. Las relaciones de fuerza presentes determinarán el predominio y la legitimidad de dichas concepciones. De este modo, los que pertenecen a una categoría dada, en este caso los jóvenes, deben no sólo apoyar una norma particular que se les asignó dentro de los parámetros de lo que se considera “normal” sino que también deben llevarla a cabo.

“También es posible que un individuo no consiga vivir de acuerdo con lo que efectivamente exigimos de él, y a pesar de ello permanezca relativamente indiferente a su fracaso; aislado por su alienación, protegido por creencias propias sobre su identidad, siente que es un ser humano perfectamente maduro y normal, y que por el contrario nosotros no somos del todo humanos” (Goffman: 17). Esto puede verse en el contraste y las actitudes que tienen entre sí jóvenes y adultos, en donde unos no comprenden a los otros y viceversa, mientras que ambos creen poseer la razón y de algún modo desestiman el lugar del otro.

Tanto la estigmatización como la discriminación actúan en conjunto marcando la existencia de individuos o grupos superiores y de individuos o grupos inferiores. “La discriminación siempre parte de la premisa de que el otro es inferior o poco apto y merece ser relegado, excluido y señalado como inferior. (...)Por otro lado, la estigmatización social puede definirse como una teoría que explica la inferioridad de las personas en tanto que son diferentes. En este sentido justifica el ejercicio de la discriminación” (Callejas Fonseca: 68). Es posible afirmar en esta misma línea que “la discriminación representa relaciones asimétricas que niegan derechos y reducen oportunidades a quien por sus diferencias se considera inferior” (Pág. 68).

De acuerdo con lo planteado por Goffman se pueden hablar de tres tipos de estigmas que se presentan a nivel individual.

- Las abominaciones del cuerpo, en las cuales se inscriben todas las deformidades del cuerpo.
- Los estigmas tribales; relacionados con la pertenencia del sujeto a cierta raza, nación o credo y que son susceptibles de ser transmitidos a través de la herencia por generaciones.
- Los defectos del carácter; relacionados con fallas morales que devalúan a los sujetos. (Goffman, 1968).

Como resulta evidente, cuando Goffman pensaba en estos tipos de estigma probablemente no tenía en su cabeza como sujeto estigmatizado a los/as jóvenes. No obstante realizando las mediaciones necesarias es posible pensar a los mismos como

formas estigmatizantes que en la actualidad se expresan en los discursos en relación a los/as jóvenes.

De este modo se analiza cada una. La primera, relacionada con el cuerpo se puede pensar desde el lugar que el mismo ocupa dentro del imaginario juvenil. A través del cuerpo los/as jóvenes expresan su identidad y pertenecía a distintas culturas con las cuales se identifican. Esta situación genera muchas veces una discriminación hacia el aspecto físico de los/as mismos/as. Así también, su situación de clase se expresa en su cuerpo a partir de su vestimenta, apariencia física, etc. Se reconoce que “aquellas instituciones que más discriminan a los jóvenes por su estética corporal son la policía en el espacio público y la familia en el espacio privado” (Callejas Fonseca: 66).

La segunda se vincula a los estigmas tribales. En este caso este estigma puede ser pensado a la luz de la pertenencia que se genera en la juventud a distintos grupos que tienen que ver no sólo con lo cultural, sino también con lo económico y lo étnico. De este modo la discriminación se plantea en términos de la pertenencia a una determinada tribu urbana, a una determinada clase social, o identidad cultural o política.

Por último, el tercero es aquel que como Goffman plantea, se relaciona a los defectos en el carácter y a las acciones que son consideradas incorrectas por la sociedad. Estas son el alcoholismo, la drogadicción, la violencia, el delito, etc. Se entiende a este como el estigma más grave porque con él se ejerce una discriminación en relación a aspectos que son consecuencia de la desigualdad social en la que se vive, o por otro lado se estigmatiza a partir de una enfermedad como lo es la drogadicción o cualquiera de las adicciones.

En este contexto, la juventud es estigmatizada ya desde su definición corriente “la juventud es un periodo de la vida de una persona en que la sociedad en la que vive no la considera ya un niño, pero no le otorga el pleno status, los roles y las funciones del adulto” (Saltalamacchia: 4). La juventud es definida por una doble negativa no es ni niño ni adulto. Los jóvenes aparecen jugando un rol pasivo. “La constante es que tanto en la definición de las necesidades como en la elaboración de las soluciones los jóvenes (se definen como beneficiarios, acusados o víctimas) están ausentes” (Saltalamacchia: 9).

Finalmente, se entiende a la estigmatización como una forma de discriminación que está instalada dentro de las representaciones sociales de la población. Se parte desde la premisa de que no “existe un mundo ‘verdadero’, pre-existente a los fenómenos, que operaría como el fundamento de toda explicación y desde el cual se presupondrían significaciones; sino de la existencia de distintas construcciones sociales de la realidad” (Berger-Luckmann y Schutz-Luckmann en Ceirano, 2000: 2). En este sentido "cada grupo co-construye en la experiencia vivida y compartida una idea de realidad, una idea de verdad, una idea de error y una idea de normalidad. Estas ideas orientan sus esquemas de acción, su modo de vivir su entorno" (Lahitte en Ceirano, 2000: 2).

V. Las representaciones sociales acerca de la juventud

Para entender el concepto de representaciones sociales se toma un aporte de Jodelet construido desde la psicología social pero que resulta útil para lo que se está analizando. Según esta autora, “las representaciones sociales conciernen al conocimiento de sentido común que se pone a disposición en la experiencia cotidiana; son programas de percepción, construcciones con status de teoría ingenua, que sirven de guía para la acción e instrumento de lectura de la realidad; sistemas de significaciones que permiten interpretar el curso de los acontecimientos y las relaciones sociales; que expresan la relación que los individuos y los grupos mantienen con el mundo y los otros; que son forjadas en la interacción y el contacto con los discursos que circulan en el espacio público; que están inscritas en el lenguaje y en las prácticas; y que funcionan como un lenguaje en razón de su función simbólica y de los marcos que proporcionan para codificar y categorizar lo que compone el universo de la vida.” (Jodelet en Perera, 2005: 47). De este modo se entiende a las representaciones sociales como una forma de discurso que se instala socialmente en los diferentes grupos y que se expresa a través de las prácticas cotidianas.

Para entender mejor cómo se han venido construyendo las representaciones acerca de la juventud dentro de las ciencias sociales y del sentido común se recupera la tipología que construyó la antropóloga Mariana Chaves (2005: 1) partiendo desde una crítica a la perspectiva adultocéntrica. Es así que la definición de juventud se plantea desde la falta, las ausencias, la negación que son atribuidas a los/as jóvenes como

aspectos esenciales de su ser. Dentro de este conjunto de representaciones, la autora plantea las siguientes:

- a) Joven como inseguro de sí mismo: aquí se establece una comparación entre los inseguros y aquellos que están seguros de sí mismos, en este caso los adultos. Este argumento legitima la capacidad de intervención de los adultos sobre la vida de los jóvenes con el fin de “marcarles el camino”. En este sentido, los adultos aparecen como dueños de sí mismos y cumplidores de las normas, mientras que los jóvenes todo lo contrario. La autora sostiene que “la sociedad ha encontrado en la juventud el espacio social donde depositar al enemigo interno, el chivo expiatorio de los males sociales” (Chaves, 2005: 3).
- b) Joven como ser en transición: la juventud es vista como una transición entre la niñez y la adultez. La última constituye el momento de plenitud el cual hay que alcanzar. Esta situación subestima el lugar de la juventud.
- c) Joven como ser no productivo: La juventud es relacionada a una etapa de no productividad y por ende de ociosidad. Los mismos aparecen como seres no productivos económicamente.
- d) Joven como ser incompleto: este joven inseguro, en transición y no productivo va camino a ser completo, es decir, a ser adulto.
- e) Joven como ser desinteresado y/o sin deseo: los jóvenes son vistos como apáticos, indiferentes y que rechazan todo lo que los adultos y otras instituciones educativas o políticas les ofrecen. Esta situación es tomada como un rechazo absoluto o como una falta de interés en lo ofrecido. Aparece como un sujeto no deseante. En este caso, ambas partes expresan “no ser comprendidas”.
- f) Joven como ser desviado: este contexto de desinterés y apatía lo hace “desviarse del camino, sus objetivos se vuelven poco claros y esto lo vuelve un “sujeto peligroso”.

- g) Joven como ser peligroso: no es lo que hace lo que lo vuelve peligroso, sino lo que pueda llegar a hacer. Todo joven aparece como sospechoso por el sólo hecho de ser joven. El Estado ante esto se preocupa menos por la cuestión disciplinar que por la cuestión de la seguridad.
- h) Joven como ser victimizado: los que no tienen capacidades propias serán víctimas de la situación social, mientras que los que sí las tienen serán “aplastados” y “dominados” por la sociedad, siendo colocados también en el lugar de víctimas. Al ser víctimas se les contempla desde el lugar de la “comprensión” y la lástima y no desde un reconocimiento legítimo.
- i) Joven como rebelde y/o revolucionario: estas características son asociadas directamente con los jóvenes. Ellos tienen la tarea de realizar la transformación social. Si no lo hacen serían acusados de ineptos por no cumplir con su papel histórico predeterminado.
- j) Joven como ser del futuro: el joven es presentado como un ser de un tiempo inexistente. El pasado no le pertenece porque no estaba, el presente no le pertenece porque no está listo, y el futuro es un tiempo que no se vive, sólo se sueña, es un tiempo utópico. De esta forma quedan eliminados del hoy.

Para poder detectar y analizar las representaciones sociales se recurre al análisis discursivo. En este sentido el discurso no se entiende solamente como lo que se dice o se exterioriza, sino también como aquello que se expresa en las acciones concretas y cotidianas de la gente. “Se debe analizar el campo práctico en el que se desarrolla el discurso que conlleva al análisis de otros elementos que ‘hablan’: instituciones, disposiciones arquitectónicas, proposiciones morales, etc.” (Foucault 1977 en Ceirano, 2000: 4).

VI. Consideraciones finales

La situación de estigmatización por la que actualmente atraviesan los y las jóvenes de los sectores populares no puede ser entendida si no se la coloca en el contexto social, económico, político y cultural actual. No se pueden comprender las transformaciones que atravesaron tanto la juventud como las representaciones sociales acerca de dicho grupo social, si no se lleva a cabo una lectura integral de los aspectos que fueron variando en los últimos años.

Se afirma que el gran quiebre que marcó la pauperización de las condiciones de vida, no sólo de la población joven sino de la población en general, fueron las políticas neoliberales que se comenzaron a aplicar a partir de la dictadura militar de 1976. “Es por eso que a la hora de hacer un análisis sobre el sector de los jóvenes, o la juventud, se hace necesario e imprescindible mencionar cómo repercutieron los efectos del modelo socioeconómico neoliberal. Un modelo que intensificó la concentración de la riqueza, sumergió a casi el 50% de la población del país en la pobreza y a más del 20% directamente en la indigencia” (Rakovschik, 2006: 1).

Durante las décadas del `60 y `70 la juventud no sólo de nuestro país, sino de todo el mundo, aparecía como un agente fundamental de cambio social. En innumerables países los/as jóvenes habían asumido una responsabilidad social en función de ideales políticos revolucionarios.

La serie de dictaduras que se sucedieron en la mayoría de los países de América Latina, a partir de mediados de los `70 y `80, tuvieron como objetivos, entre otras cosas, la eliminación de ese impulso de cambio por parte de los/as jóvenes. No obstante, lo que subyacía por debajo de este objetivo fue la intención de instalar en todo el continente las políticas neoliberales que hasta el día de hoy, en muchos casos perduran.

“La creciente pobreza en nuestro país repercutió en los niños, adolescentes y jóvenes con mayor incidencia que en el resto de la población.(...) La destrucción del tejido social también incidió directamente en el modo de vivir de los jóvenes, en la cultura que los rodeaba y que a su vez, atravesadas por el deterioro social producido en sus vidas, contribuyeron a crear una nueva “cultura”, creando nuevas representaciones sociales, que también el poder hegemónico y sus voceros, los medios masivos de comunicación, contribuyeron a exacerbar” (Rakovschik, 2006: 1).

Las políticas llevadas adelante por el Estado durante los años '90 afectaron de manera directa a las principales vías de inserción social que poseen los/as jóvenes. Estas son la educación y el empleo. “Durante la mayor parte del siglo pasado, la Argentina fue un país que sustentaba expectativas de movilidad social ascendente para las clases populares urbanas. El paso por el sistema educativo primero, y la inserción laboral posterior en un empleo estable, constituían un recorrido habitual o por lo menos plausible para la mayoría de los jóvenes de clase baja y media urbana. Pero todo ello ha pasado a ser historia para un sector importante de los jóvenes de hoy” (Rakovschik, 2006: 5). En la actualidad un gran porcentaje de los/as jóvenes han sido expulsados del sistema educativo. El fracaso escolar o la imposibilidad de sostener económicamente sus estudios, han hecho que tengan que insertarse tempranamente en el mercado laboral.

Por otro lado, este ingreso al mercado laboral se ve dificultado tanto por la falta de empleo a nivel general, como por las exigencias de experiencia o de mayor calificación; mientras que aquellos que logran acceder lo hacen en condiciones de precariedad e informalidad, con contratos a tiempo determinado, bajos salarios y desprotección laboral.

En este contexto es posible afirmar que existe una doble exclusión. “Cada vez más jóvenes no estudian, no trabajan, quedan fuera de la sociedad formal y se refugian en las estructuras ‘no visibles’ de la pobreza, la delincuencia o la marginalidad” (Rakovschik, 2006: 5). De este modo, “la falta de propuestas y políticas públicas, por parte de los gobiernos, que reconozcan a la violencia como un fenómeno social y estructural y no como un factor inherente a la juventud y que atiendan al fenómeno de la violencia juvenil desde perspectivas incluyentes, comprensivas y tolerantes, ha contribuido a la exacerbación de este clima de temor y violencia social generalizada, pero también a la construcción de estigmas sociales, donde la delincuencia y el crimen son vistos como rasgos característicos de los jóvenes” (Callejas Fonseca: 67).

Finalizando, es posible sostener que a partir de este recorrido teórico e histórico intenté proponer algunas de las causas que configuran el discurso estigmatizador de la sociedad adulta con respecto a la juventud. Estas causas, como he dejado sentado, no tienen que ver únicamente con aspectos económicos y sociales, sino también con aspectos culturales, vinculados a las relaciones que se construyen entre las distintas generaciones portadoras de *habitus* diferentes.

Para terminar, algo importante a destacar de esta investigación es que pretende humildemente poner en cuestión y desnaturalizar los discursos que circulan a diario en nuestra sociedad y que impiden la posibilidad de generar cambios. Como dijo uno de los jóvenes informantes *“No criticás y dejás fluyendo las cosas como están, cambialo si realmente ves que está mal”*.

VII. Bibliografía

Brito Lemus, R. 1996. Hacia una sociología de la juventud. Algunos elementos para la deconstrucción de un nuevo paradigma de la juventud. Revista de Estudios sobre Juventud, JOVENes. Cuarta época, año nº1. Centre de Investigación y Estudios sobre Juventud de México. México.

Bourdieu, P. 1990. Sociología y Cultura. “La `juventud´ no es más que una palabra”, “Algunas Propiedades de los Campos”. Grijalbo. México.

----- y Wacquant, L. J.D. 1995. Respuestas por una Antropología Reflexiva. Grijalbo. México.

-----, 1991. El sentido Práctico. “La objetividad de lo subjetivo”, “Estructuras, hábitos, prácticas”. Taurus. Madrid.

Callejas Fonseca, L. 2005. La estigmatización social como factor fundamental de la discriminación juvenil. El Cotidiano. Noviembre- Diciembre, año/ vol. 21, número 134. Universidad Autónoma Metropolitana. D.F. México.

Ceirano, V. 2000. Las representaciones sociales de la pobreza. Una metodología para su estudio. Cinta de Moebio No. 9. Noviembre 2000. Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Chile. Chile.

Chaves, M. 2005. Juventud negada y negativizada: representaciones y formaciones discursivas vigentes en la Argentina contemporánea. Universidad Nacional de La Plata. Buenos Aires.

Goffman, E. 2006. Estigma, la identidad deteriorada. Amorrortu. Buenos Aires.

Margulis, Ariovich. 1996. La juventud es más que una palabra: Ensayos sobre Cultura y Juventud. Editorial Biblos. Buenos Aires.

Racovschik, G. 2006. La juventud que no miramos. Los jóvenes excluidos del siglo XXI. Universidad Nacional de Lujan. Buenos Aires.

Perera, M. 2005. Sistematización crítica de la teoría de las Representaciones Sociales. Tesis en opción al grado doctor en Ciencias Psicológicas. Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente. Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas. Ciudad Habana, Cuba.

Saltamacchia, H. La juventud y sus estigmas. http://saltamacchia.com.ar/escritos_juventud_estigmas.htm. Consultado 05/06/2009